

LA RECIENTE HISTORIOGRAFÍA MODERNISTA ESPAÑOLA

The recent Spanish Historiography about Early Modern History

RICARDO GARCÍA CÁRCCEL *

Aceptado: 5-11-01.

BIBLID [0210-9611(2001); 28; 185-219]

RESUMEN

Ensayo de interpretación de la evolución de la historiografía española en el último cuarto de siglo. En el artículo la trayectoria de la historiografía se divide en dos etapas: antes y después de 1985, en función de los cambios teóricos y metodológicos que se producen en torno al fenómeno denominado la *caída del muro*.

Palabras clave: Historiografía española. Edad Moderna.

ABSTRACT

Global understanding of the development of the Spanish historiography in the last quarter of century. In the article the path of the historiography is divided in two stages: before and after 1985, depending on the theoretical and methodological changes that produce to themselves concerning the named phenomenon the *fall of the wall*.

Key words: Spanish Historiography. Early Modern History.

Es difícil hacer un balance de la historiografía modernista, hoy. En primer lugar, porque contamos con muy escasa bibliografía historiográfica en España. El tema, teóricamente, tendría que abordarse en las memorias o proyectos docentes en oposiciones, pero el conservadurismo —y por qué no decirlo— los repetidos plagios de unas a otras memorias generan la muy escasa utilidad de las mismas. Es obvio que plantea, por otra parte, grandes dificultades el citar autores y obras recientes, porque los escrúpulos y el temor por los olvidos posibles —y, sobre todo, por la tendenciosa interpretación que se hace de tales olvidos— convierten en muy embarazosa la tarea de elaborar un estado

* Dpto. de Historia Moderna. Universidad Autónoma de Barcelona.

de cuestión. Los escrúpulos los hemos resuelto en este artículo sobre la base de no elaborar un estado de la cuestión sino más bien un ensayo sobre las principales tendencias historiográficas y, desde luego, reduciendo los nombres al mínimo.

Estados de cuestión ya se han publicado, como los que llevaron a cabo Jover y Eiras Roel en el ya clásico *Boletín de la Fundación March*, la recopilación de la historiografía política que hizo Molas en 1980 en el *índice Histórico Español*, la revisión historiográfica que dirigió Vázquez de Prada y los estudios específicos de Sánchez Marcos y Pérez Latre en la revista *Hispania* en 1990 *. Todos estos trabajos arrancan de 1940, miran más hacia el pasado inmediato que hacia el presente. Estudios más presentistas fueron los que se publicaron en el volumen *La historia en el horizonte del año 2000*, con trabajos de Armando Alberola, Fernández Clemente y otros historiadores². Por mi parte, he llevado a cabo algún balance de la historiografía española en el pequeño congreso *Historia moderna, historia en construcción*, organizado por el Centro de Estudios de Historia Moderna Pierre Vilar, publicado en 1999, y en el volumen *Historiadores de la España medieval y moderna* (2000), con mi estudio sobre Vicens Vives y en el que el lector encontrará excelentes análisis sobre los grandes maestros de la historiografía española (Domínguez Ortiz, Reglá, Mar avail...)³.

La última dificultad con que uno se encuentra a la hora de examinar la historiografía española actual es justamente la de precisar las fronteras cronológicas del período a analizar. ¿Cuándo empezar? ¿En 1975? Parece lo lógico, por razones obvias. Pero la realidad es que la ruptura historiográfica se produce en el ámbito de la historia económica más en la

1. JOVER, J. M.^a y EIRAS ROEL, A., *Boletín de la Fundación March*, 36 (1975), reeditada en VV. AA., *Once ensayos sobre la historia*, Madrid, 1976; MOLAS, P., “Veinticinco años de la historiografía sobre el Estado moderno”, *índice Histórico Español* (1980); VÁZQUEZ DE PRADA, V., ed., *La historiografía en Occidente desde 1945. Actitudes, tendencias y problemas metodológicos*, Pamplona, 1985; SÁNCHEZ MARCOS, F. y PÉREZ LATRE, M., “La historiografía de la época moderna, 1474-1808”, *Hispania*, 176 (1990).

2. SERRANO, E. y SARASA, E., eds., *La historia en el horizonte del año 2000*, Zaragoza, 1997.

3. MARTÍNEZ SHAW, C. y GARCÍA CÁRCCEL, R., “Tendencias actuales y propuestas de investigación”, en VV. AA., *Tendencias en historia*, Madrid, 1988; GARCÍA CÁRCCEL, R., “Pasado, presente y futuro de la historia de la cultura y de las mentalidades en Cataluña”, en MARTÍNEZ SHAW, C. ed., *Historia moderna, historia en construcción*, Lleida, 1999, vol. I; GARCÍA CÁRCCEL, R., “Jaime Vicens Vives”, en SERRANO, E. y SARASA, E., eds., *Historiadores de la España medieval y moderna*, Zaragoza, 1988.

segunda mitad de los ochenta que en 1975 y si nos atenemos a la historiografía positivista tradicional, y respecto al franquismo, la ruptura se produciría en los años sesenta, bastantes años antes de la muerte del dictador.

La trayectoria de la historiografía española, evidentemente, tiene una periodificación muy diferente a la historiografía europea. La ruptura con el siglo XIX ha sido total. Rompió el franquismo con el siglo XIX, de cuyo seno sólo rescató a Menéndez Pelayo y los suyos. La historiografía canovista del XIX (de Danvila a Rodríguez Villa o Maldonado Macanaz) fue despreciada y, por supuesto, la historiografía liberal o regeneracionista (en especial, Altamira) fue silenciada. Pero la realidad es que la historiografía progresista subsiguiente a 1975 tampoco buscó conectar con los viejos antecedentes liberales del siglo pasado. La historiografía del siglo XIX para los historiadores de mi generación ha sido absolutamente ignorada, lo que, desde luego, no ha ocurrido en ningún otro país europeo. Por otra parte, la historia económica ha sido hegemónica hasta finales de los ochenta (en cambio, en Francia, la enterró la tercera generación de Annales en 1968); la polémica sobre la historia narrativa (Stone-Hobsbawn) de finales de los setenta no llega a nuestro país hasta finales de los noventa; la historia de las mentalidades sólo ha podido emerger en los noventa, con veinte años de retraso... El sucursalismo europeo de la historiografía española respecto a la europea ha cambiado de referentes. De la fascinación por la historiografía francesa se ha pasado en los años noventa a la total dependencia de la historiografía anglosajona. Sólo el hispanismo francés (Pérez, Bennassar, Vincent) ha resistido en el hundimiento del valor referencial de la historiografía francesa, pero, con todo, tengo la impresión que el hispanismo anglosajón (Elliott y su escuela) tiene hoy mayores ascendientes sobre la historiografía española que el hispanismo francés.

Por mi parte, en este balance historiográfico, arrancaré de la fecha de 1975 pero dividiendo el período de veinticinco años en dos etapas: antes y después de 1985, puesto que considero que 1985 representa un hito singular por lo que significa de caída del muro en el ámbito de la política y de la cultural en el mundo y, por supuesto, en la historiografía.

Período 1975-1985

La primera pregunta que cabe plantearse es: ¿Hay signos en la historiografía española de lo que se ha llamado *cultura de la transición política*? ¿Se dejan reflejar en la historiografía española las proclamaciones a favor de la reconciliación, de la superación de las dos míticas

Españas? Creo que sí. El ejemplo, sin duda, más expresivo, es el de la historiografía sobre Inquisición. La *nueva historia de la Inquisición* que encabezaron J. Pérez Villanueva y J.A. Escudero representa bien la voluntad de superar la polarización tradicional de los juicios de valor sobre la Inquisición —llorentismo y antilllorentismo— y abrir nuevos caminos de entendimiento y colaboración entre historiadores de muy distinta procedencia ideológica. El punto de partida de esta historiografía fue el curso de verano de 1976 de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo de Santander, dirigido por J.A. Escudero. Esta corriente historiográfica tuvo sus mejores años de euforia de 1976 a 1986, una auténtica “década prodigiosa” con las instituciones creadas para dar cobertura de apoyo a esta historiografía (el Centro de Estudios Inquisitoriales de J. Pérez Villanueva y el Instituto de Historia de la Inquisición de J. A. Escudero); una explosión de congresos y exposiciones —desde los de 1978 (Cuenca y Copenhague) a la extraordinaria exposición en Madrid en 1982—; la traducción y edición española de la clásica obra de H.Ch. Lea y una revista monográfica muy útil (la *Revista de la Inquisición*)⁴, y, desde luego, con un discurso ideológico nuevo.

Este discurso se caracteriza por la intención de conjugar las aportaciones ideológicas de signo contrario con un sentido liberal extraordinario. El mejor testimonio de esta historiografía de la Inquisición ha sido la obra editada por la Biblioteca de Autores Cristianos y el Centro de Estudios Inquisitoriales (primer volumen: 1984). Los principales objetivos perseguidos por esta historiografía en los años que nos ocupan han sido: la *desideologización*, la superación de los juicios de valor ideológico en el análisis de la represión inquisitorial, en función de una voluntad de *reconciliación desdramatizadora* (la cuantificación de las víctimas y la delimitación de la teoría y práctica de la represión son las líneas de investigación más expresivas); la *superación de la abstracción*, huyendo de las generalizaciones, ahondando en lo concreto (la regionalización y la prosopografía con el salto cualitativo de la Inquisición a los Inquisidores, serían las mejores derivaciones) y la *explicación racional del Santo Oficio*, desentrañando los porqués y para-qués de la Inquisición, a partir del supuesto de que comprender no implica forzosamente justificar (la sociología y función de los familiares y la confrontación entre poderes centrales y poderes locales son los mejores logros de esta vía de investigación)⁴.

4. GARCÍA CÁRCCEL, R., “Veinte años de historiografía de la Inquisición. Algunas reflexiones”, en *La Inquisición y la sociedad española*, Valencia, 1996.

El mismo discurso ideológico propio de la *cultura de la transición política* lo hemos visto reflejado en los estudios sobre judíos y moriscos del postfranquismo inmediato. La historiografía de 1975 a 1985 ha sido muy neocastista, marcada por la influencia de Don Américo y sus discípulos. El problema morisco se ha replanteado desde nuevas perspectivas, entre las que destaca un enfoque comprensivo de los moriscos —absolutamente contrario al de las viejas descalificaciones a lo Boronat— que partía del supuesto de la asimilabilidad de los moriscos y, por lo tanto, cuestionaba la fatalidad de la expulsión, como única salida posible del problema. Las aportaciones de Goytisolo y Márquez Villanueva han incidido en la tesis de la *invención* del problema morisco por la historia oficial, con una cierta tendencia a la idealización de una presunta convivencia idílica de cristianos y musulmanes rota por la presión del integrista cristiano. El problema judío, en estos años, fue interpretado básicamente desde objetivos sociopolíticos —luchas de poder entre oligarquías urbanas ascendentes en la jerarquía social— que enterraban viejas explicaciones racistas o puramente ideológico-religiosas.

Tras las explicaciones del problema judío o morisco subyacía en la historiografía postfranquista de los últimos años setenta y primeros años ochenta, una cierta reivindicación nostálgica de la España que no pudo ser, la España de las tres culturas, una España en la que la convivencia parecía posible y había sido cortada drásticamente por el radicalismo sectario que se abriría en España en 1492. El factor religioso sería considerado, en estos años, como una pura coartada ideológica que servía para camuflar las auténticas razones sociológicas o políticas de los conflictos. El reciente libro de Netanyahu sobre los orígenes de la Inquisición o la visión de los moriscos que nos han dado Galmés de Fuentes, Benítez Sánchez-Blanco o la escuela granadina que encabeza Manuel Barrios, nos han roto la idealización de aquella España que pudo ser, poniendo sobre la mesa las realidades del racismo hispánico o de la balcanización del problema morisco. 1492 o 1609 no serían, desde esta nueva perspectiva, sino la demostración del triunfo de la realidad sobre la ficción puramente voluntarista.

Pero quizá el gran legado de la historiografía de la Transición, del postfranquismo inmediato, ha sido la sublimación de la España de las Autonomías, que ha supuesto la promoción de una historia regional que ha servido para diseccionar el viejo concepto de la España uniforme en una variedad muy plural en la que no ha faltado comunidad que no tuviera su propia historia. En este sentido, las nacionalidades históricas que ya tenían una tradición historiográfica propia —las primeras historias de Cataluña con metodología actual son las de Víctor Balaguer y

Antoni de Bofarull, ambas de la segunda mitad del siglo XIX— se han visto desbordadas por un aluvión de historias regionales de comunidades que no tenían una historiografía previa. Los territorios insulares cuentan hoy, por ejemplo, con excelentes historiadores de estos ámbitos geográficos como Manuel Lobo o Elisa Torres sobre Canarias o Josep Juan Vidal sobre Mallorca.

De la historia regional se pasó a la euforia de la historia local, lo que acreditaron los diversos congresos de historia local que organizó la revista *L'Avenç* o el Centro de Estudios de Historia Local de Valencia, que publica *Taller d'Historia*. El desarrollo de la historia local ha generado reservas radicales por parte de historiadores como Santos Juliá:

Ya desde antiguo —concluía el citado historiador— la Universidad española vive de espaldas a la investigación en otras regiones del mundo. Si a este permanente desinterés por lo de fuera se añade la fascinación por lo local y se asumen sus efectos al particularismo extremo que está cayendo como un manto de hierro sobre nuestras universidades, se acabará por trazar como ideal de historiador un camino que va de la cuna a la tumba; aquí me muero. Porque al final, con tanto localismo y tanto particularismo extremo, tanto proteccionismo oficial y tanto particularismo universitario, cada cual habrá recuperado su identidad, pero sólo un segundo antes de percibir lo irremediable de la asfixia⁵.

La reacción “estatalista” se dejó sentir en todo un aluvión de historias de España, como si el frenesí del plural necesitara del contrapeso del singular España. En los últimos años parece resurgir una cierta ofensiva del nacionalismo español que parece resucitar conceptos como el de la Leyenda negra, que uno creía humildemente que había enterrado. Juan Pro Ruiz puso sobre la mesa en esta línea de prevenciones a la historia local el fantasma de la balcanización:

Pero el problema fundamental del predominio de la historia regional y local en España viene por otro lado. La dispersión de programas de investigación, la diversidad de problemáticas, la tendencia a resaltar las diferencias irreductibles, todo ello hace que los debates se orga-

5. S. Juliá en *El País* (23-10-1986), citado por RUIZ TORRES, P., “Microhistòria i historia local”, en *L'espai viscut. Col·loqui internacional d'història local*, Valencia, 1989.

nican a una escala más amplia. De esa manera, se levantan barreras artificiales a la comunicación de los resultados científicos y se cierran puertas a la posibilidad de contrastar puntos de vista, comparar resultados y alcanzar dialécticamente conclusiones de síntesis. Las historiografías regionales se ven acosadas continuamente por el fantasma del provincianismo, amenazadas por el peligro, que se puede conjurar con una vigilancia constante (que creo que desde siempre han practicado los mejores exponentes de esas historiografías regionales), con un esfuerzo de moderación y de autocrítica que ha de partir inexcusablemente de la renuncia a hacer una historia nacionalista. Nunca a la complacencia con prejuicios ideológicos del signo que sean pueden generar otra cosa sino historiografías de mala calidad que tergiversan el pasado al servicio de objetos políticos (muchas veces no confesados).

En la situación actual de la historiografía española lo que predominan son estas escuelas historiográficas regionales, trabajando en gran medida desde su aislamiento, por mucho que se reúnan en congresos para poner en escena diálogos de sordos. No es posible entablar un diálogo racional y clarificador en el que se respete el principio socrático de que el *ser es* y el *no ser no es*, mientras se sigan escuchando discursos historiográficos que limitan estrictamente la validez de sus conclusiones al contorno de las fronteras de su región o provincia. Sin embargo, no creo que la historiografía española esté condenada necesariamente a esta *balcanización*. Para superar este abuso del localismo, que obstaculiza el progreso de la historiografía, cabe pensar en un acercamiento a las realidades del pasado menos cargado de prejuicios nacionalistas y menos obsesionado por la idea de un territorio compartimentado en unidades de contornos eternos e infranqueables⁶.

¿Qué decir al respecto? Me remito, por su ecuanimidad, a las palabras de Bernardo Hernández en su reciente valoración de la historia local para la que este historiador reivindica “un marco teórico y metodológico coherente y ajustado a unos criterios comparativos para superar sus límites espaciales y apostar por la consolidación agregada de una historiografía local europea”.

6. PRO RUIZ, J., “Sobre el ámbito territorial de los estudios de historia”, *Congreso internacional Historia a Debate*, Santiago de Compostela, 1995, vol. III. Historias de España se han escrito muchas, desde las clásicas referencias de las que dirigieron Artola (Alianza) o Tuñón de Lar a (Labor). Asimismo, se han publicado múltiples obras de recursos metodológicos útiles para el estudio de la historia. La labor en este sentido de E. Martínez Ruiz es incommensurable.

Curiosamente, con todo lo que se ha desarrollado la historia local, ha estado raquitizada la microhistoria y las investigaciones que aplican una reducción de escala analítica (el microscopio frente al telescopio) con independencia de las dimensiones del objeto. Serna y Pons han fustigado la pereza mental de los historiadores españoles en este terreno. El destino de la única colección específicamente dedicada a publicar este tipo de libros (en Muchnick editores) es un buen reflejo de la triste realidad. ¿Ha asfixiado, como piensan algunos, la historia local en nuestro país a la microhistoria? Es posible⁷.

La microhistoria no ha tenido en España más que muy esporádicos cultivadores (el mejor, sin duda, Jaime Contreras) pero no ha prosperado el modelo como lo hizo en Italia. De momento, tengo la impresión que estamos lejos de ello.

Pero repasemos las principales líneas de investigación de la historiografía española de 1975 a 1985.

En primer lugar, fue bien visible la hegemonía de la *historia económica y social*. Efectivamente en estos años el deslizamiento de los historiadores españoles hacia la economía y sociedad es obsesivo. Como he dicho antes, el fenómeno no empieza en 1975. En realidad, desde 1975 se radicaliza simplemente el modelo iniciado en los años setenta. La obra de Domínguez Ortiz, de Garande, de la escuela de Vicens (Reglà y su prolongación valenciana encabezada por Emilia Salvador) había sido, desde la década de los sesenta, el estandarte de una generación de historiadores fascinados por la historia económica y social. Esta historia había penetrado en España a través de dos vías: Braudel y la segunda generación de Annales y Vilar. El primero con toda su escuela (discípulos directos en España sólo fueron Ruiz Martín y Vázquez de Prada) contribuyó decisivamente a que los historiadores españoles se lanzaran hacia la metodología cuantitativista que supuso infinidad de trabajos de historia coyuntural (población, precios, rentas e intercambios comerciales fueron las variables más estudiadas). Nadal y Bustelo, Eiras Roel y su escuela (en primera línea, Barreiro y Pérez García), Anes y García Sanz, Martínez Shaw, Bernal y García Baquero, fueron los principales referentes del estudio de cada una de estas variables. Los coloquios de metodología de las ciencias históricas, organizados por Eiras Roel, son bien representativos de esta corriente historiográfica. La

7. HERNÁNDEZ, B., "De la historia local a la microhistoria", *Iber*, 12 (1997); SERNA, J. y PONS, A. "El ojo de la aguja ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?", *Ayer*, 2 (1997).

obra de Vilar (una influencia más indirecta que directa) proyectó a muchos historiadores hacia estudios estructuralistas de signo ideológico marxista, especialmente interesados en reconstruir los diversos modelos de transición del feudalismo al capitalismo aplicándolos a los estudios regionales en España. El libro que dirigió Roberto Fernández *{España en el siglo XVIII}* es un buen testimonio de esta historiografía.

La historia social refleja, en estos años, la incidencia de una historia militantemente antifranquista, comprometida ideológicamente. Se trataba de una historia de las clases sociales, de las que sólo Domínguez Ortiz había estudiado las clases privilegiadas (nobleza y clero). Empiezan a estudiarse la burguesía, cuyo análisis era una vieja asignatura pendiente. Se rompió, en definitiva, el mito liberal de la inexistencia de la burguesía y de su revolución en España. Las obras de Maravall y Pérez sobre las Comunidades de Castilla son significativamente testimonios de que había habido una burguesía en España —en Castilla, puesto que la realidad de la burguesía catalana estaba ya tradicionalmente asumida—, una burguesía que había intentado hacer su revolución y la había perdido. La *refeudalización* o la *traición de la burguesía*, de raíces braudelianas, han sido los grandes conceptos esgrimidos por esta generación de historiadores postfranquistas obsesionados por la transición del feudalismo al capitalismo. La problemática de la repoblación del Reino de Valencia tras la expulsión de los moriscos sirvió para incentivar la imagen de rearme feudal que se ligó siempre a la crisis del siglo XVII.

La segunda línea de investigación fue la *historia política*. En este ámbito, las influencias dominantes no han venido de la historiografía marxista (Perry Anderson y los debates sobre la naturaleza social del absolutismo) sino de la historiografía más clásica anglosajona, con la escuela de Elliott a la cabeza y, en menor grado, Lawrence Stone. Mi tesis (1975) sobre las Germanías de Valencia estaba claramente inspirada por el modelo metodológico de Stone. La obra de Elliott —en particular su *opera prima* sobre la revolución catalana de 1640— ha generado una fascinación evidente por los estudios de confrontación centro-periferia (*court-country*) y los fenómenos de clientelismo, *lobbys* y grupos de presión varios. La historia de la administración en España así ha evolucionado de los referentes hispánicos (Valdeavellano) hacia los estudios prosopográficos sobre la identidad del poder. Pere Molas y su escuela, ha sido trascendental en este ámbito.

La historia del derecho ha jugado un papel fundamental en estos años, superando, eso sí, la descripción de las instituciones para penetrar en la historia social del régimen jurídico-político. La monarquía abso-

luta de la España del Antiguo Régimen ha sido estudiada magistralmente desde diversas perspectivas por Tomás y Valiente, el ya citado Escudero, González Alonso... Muchos de estos historiadores, desde el ángulo de su interés por el procedimiento, han contribuido decisivamente a conocer mejor el Santo Oficio.

Las relaciones internacionales han contado con aportaciones fundamentales de Alcalá Zamora o Ribot, que han significado, por otra parte, la superación del aislacionismo español.

El último ámbito historiográfico al que quiero referirme es el de la *cultura y mentalidades*. La cultura era, ciertamente, el hermano pobre de los sectores historiográficos. La historia de la cultura había estado ciertamente cargada de lastres y prejuicios. De hecho, sólo había estado cultivada por algunos pioneros solitarios. Maravall había desarrollado la historia de la cultura-mensaje, con toda su estela de connotaciones sociales que intentaba explicar los productos culturales en función de la dependencia institucional, de la servidumbre respecto a los grandes poderes de la Iglesia y el Estado. La historia de la cultura-erudición, modelo Batllori, había dado también sus frutos demasiado desmigajados y vinculados a una adscripción social ciertamente de cultura oficial o de élites. J. Caro Baroja, por su parte, había contribuido a desmenuzar la cultura como sistema de valores⁸. Desde sus respectivos miradores, Maravall, Batllori y Caro Baroja habían liberado —y eso debe resaltarse— la historia de la cultura del secuestro de que había sido víctima por parte de la derecha tradicional. Porque, efectivamente, la historia de la cultura española ha estado tradicionalmente condicionada por los debates estériles entre conservadores y liberales, ya desde la segunda mitad del siglo XVIII, en torno a la valoración de los factores de represión o subdesarrollo cultural (la Inquisición, Felipe II o el nacionalcatolicismo). La izquierda en su empeño en culpabilizar a los demonios de siempre se vio obligada a minimizar permanentemente el legado intelectual del Siglo de Oro. La derecha se encontró con el regalo de ser ella quien se encargara de glosar las excelencias de nuestra tradición intelectual. La historiografía franquista asumió literalmente el “menéndez-pelayismo” con toda su beligerancia épica en defensa de aquel supuesto pasado intelectual glorioso. Discretamente, desde la ambigüedad de su presunta

8. *Vid.* la cronología sobre Maravall que publiqué en *L'Avenç*, 102 (1987); y mi prólogo al libro de BATLLORI, M., *Humanismo y Renacimiento*, Barcelona, 1987. También el número monográfico dedicado por la revista *Anthropos*, 112 (1990) dedicado al P. Miquel Batllori.

condición de privilegiados del sistema y desde la ilusión del posibilismo, estos historiadores se lanzaron a rescatar al “otro” pensamiento español: el de los contestatarios, utopistas, reformistas, rompiendo la imagen de la unanimidad oficialista del pensamiento español y la concepción esencialista de la cultura española como un sistema de valores orgánico y acercando, en definitiva, España a Europa. Maravall, Batllori y Caro Baroja superaron el viejo e inútil debate del “problema de España” que tantas páginas hizo escribir a Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz y que se había deslizado por los senderos de la metafísica o la etnohistoria. El salto cualitativo de la biología de los caracteres nacionales a la interpretación sociológica o política constituyó toda una revolución en la historia de la cultura.

Pero ni Maravall ni Batllori ni Caro Baroja por distintas razones tuvieron discípulos continuadores de su obra y en 1985 sus respectivos discursos parecían agotados. La historia de la cultura en España en los primeros años ochenta tenía como único referente progresista el sociologismo, cada vez aplicado con criterio más mecánico y simplista. Dominaba aquello que Crouzet le reprochaba a Goldmann: sociologismo vulgar y perezoso, de que no faltan ejemplos ramplones en los años ochenta. El cuantitativismo aplicado a la historia de la lectura empezaba tímidamente a desarrollarse en España con más de una década de retraso respecto a Europa gracias al aporte magistral de hispanistas franceses como los Berger, López, Chevalier, Peligry, Bennassar y tantos otros. Los dos grandes temas de debate de la historia europea sobre la cultura (el debate respecto a la trascendencia *revolucionaria* o no de la imprenta y el de los orígenes intelectuales de la Revolución francesa) no habían sensibilizado para nada a los historiadores de la cultura en España. La historia del libro en España se había hecho siempre al margen de Europa. Las traducciones de las obras fundamentales sobre la historia del libro y la educación han brillado por su ausencia. La obra clásica de Febvre y Martin la tradujo Millares Caro cinco años después de su publicación, pero al hacerse en una editorial latinoamericana su proyección fue escasa. La obra de Eisenstein ha tardado quince años en publicarse. Y las grandes aportaciones de la historiografía francesa, anglosajona e italiana sobre estas temáticas esperan todavía editor español (desde los clásicos libros de Furet o de Martin a la obra de Graff, por citar algún ejemplo).

Y lo curioso del caso es que contamos con una excelente tradición bibliográfica, recopilativa de autores y títulos de libros, una tradición que habría que remontar a finales del siglo XVII (Nicolás Antonio) y que ha dejado la estela de obras tan valiosas como los catálogos y

repertorios de Torres Amat, Gallardo, Haebler, Pérez Pastor, Aguiló, Simón Díaz, Simón Palmer, Aguilar Piñal, Palau Dulcet...

Esa tradición ha proyectado la mayor parte de sus esfuerzos al registro bibliográfico buscando sobre todo conocer la identidad de los libros editados en nuestro país, ya por ámbitos geográficos, ya por impresores determinados. Ha habido, al respecto, un enorme desgaste de energías en torno a debates bastante improductivos como el de determinar la procedencia del primer libro impreso en España. Las batallas de los narcisismos regionales en torno a esta trascendente cuestión han sido casi sangrientas (Barcelona, Valencia, Zaragoza y Segovia han sido las ciudades más implicadas en el conflicto) y la verdad es que la última palabra sobre el tema todavía no parece escrita. En el período que analizamos, la historia de la cultura, en cualquier caso, más que por la historia de los *media* que será una aportación más reciente, tendía más hacia el estudio de los mensajes ideológicos: la historia social de la literatura y el arte que llegó a España con veinte años de retraso (el modelo Hauser) y la fascinación por la cultura popular, cuyo pionero fue Caro Baroja.

La historia de las mentalidades, unida a la de la cultura, como un extraño piso sobreático, añadido a la última planta braudeliana de las civilizaciones, todavía andaba en España en los primeros años ochenta a la busca de legitimidad científica. La revista *Manuscripts* organizó significativamente el primer —y el que a la postre ha sido el último— encuentro de historiadores para analizar los pros y los contras de la historia de las mentalidades en nuestro país⁹. El resultado fue el de la evidente polarización de defensores y adversarios sin acercamiento alguno. Pesaba todavía la ideología y más aún que la ideología, la *representación* —concepto entonces todavía prácticamente inédito en nuestro país— obligada de papeles respectivos de los historiadores entre sus correspondientes clientelas. La obligación de coherencia con la significación apriorística que se atribuye a cada historiador ha contado mucho en el alineamiento posicional de los historiadores de nuestro país en este ámbito. Porque, contrariamente a lo que se ha pretendido decir, la querella de la historia de las mentalidades ha tenido muy poco de batalla ideológica, ha tenido mucho más de representación escenográfica con todo un aparato simbólico de significaciones, en buena parte, heredada de la inercia del antifranquismo que, ahora, no podemos aquí

9. *Manuscripts*, 2 (1985). Intervinieron J. Fontana, C. Martínez Shaw, J. M. Salrach y R. García Cárcel.

analizar. La realidad es que el marxismo europeo fue mucho más abierto que el marxismo hispánico.

Vovelle, desde Francia, y Thompson, desde Inglaterra, se alinearon en la voluntad de adaptar las mentalidades a los supuestos previos ideológicos —significativamente Vovelle intentó conjugar *Ideologías y mentalidades*— y abrieron campos de interés en el ámbito de la historia social, explicados por primera vez desde perspectivas “mentales”¹⁰. Por otra parte, la euforia que abrieron los trabajos clásicos de Le Roy Ladurie y Ginzburg, respecto a la posibilidad de la documentación inquisitorial, supuso una corriente de investigación, enormemente productiva, de éxito, que a través de estas fuentes inquisitoriales exploró desde las tipologías de pecados y delitos que supuestamente caracterizarían a tal o cual sociedad a los perfiles y características de la llamada cultura popular. La defensa que Bennassar hizo de la historia de las mentalidades recordaba la trayectoria de tantos historiadores franceses e italianos de la historia económica a la nueva historia (Duby, Cipolla, Le Roy Ladurie, por citar los más significativos)¹¹. Lo cierto es que la tercera generación de Annales con Le Goff al frente, aun sin tener en España la clientela que tuvo la segunda generación de Annales fue proyectando lentamente su influencia en España a lo largo de los años ochenta. El medievalismo sería su principal ámbito de difusión. En el ámbito de la historia moderna en nuestro país merecen citarse aquí los diversos dossiers que coordiné en *L'Avenç* en los años ochenta (tema de la muerte, la religiosidad popular, las fiestas) e *Historia 16* (la historia de la mujer), de deuda convicta y confesa con la *nouvelle histoire*¹².

Período 1985-2001

El hito de 1985 va vinculado a una crisis de la historia, un replanteamiento de la historia que se venía haciendo hasta el momento. El primer congreso de *A historia a debate* de Santiago de Compostela (1993), cuyas actas se publicaron en 1995, reflejó bien la singular

10. Vid. en este sentido la revista *Historia Social*, 18 (1994), volumen dedicado al pensamiento de Thompson.

11. BENNASSAR, B., “Historia de las mentalidades”, en *La historiografía en Occidente desde 1945*, Pamplona, 1985.

12. Los dossiers citados sobre la familia en *L'Avenç*, 66 (1983); la muerte en *L'Avenç* 78 (1985); la religiosidad popular en *L'Avenç*, 13 (1990). Asimismo, vid. CARREIRA, M., “La historia de les mentalitats collectives a Catalunya”, *L'Avenç*, 106 (1987).

coyuntura del segundo quinquenio de los ochenta. Podemos hablar de una triple crisis. La crisis de seguridad en los paradigmas referenciales que nos servían de cobertura de apoyo como el estructuralismo o el marxismo, el fin de la leyes, el descubrimiento de la complejidad, el desmigajamiento del objeto histórico, la nueva historia débil...); la crisis de la función histórica (fin del ideologismo, de la historia-progreso con el triunfo del relativismo popperiano y la crisis de la modernidad entendida como la fe en la capacidad de integración de lo irracional en lo racional) y la crisis del mercado consumidor (el desinterés hacia una historia-formativa en beneficio del retorno de una historia narrativa anecdótica —que parece darle la razón a Stone con respecto a Hobsbawm—¹³.

Esta conciencia de la triple crisis tendrá especial incidencia en toda la historiografía europea. El tercer proyecto de Annales, embarrancado desde la crítica de Dosse, definitivamente se hunde. El *tournant-critique* de 1988 de Annales fue buen reflejo de la autocritica de la propia revista ante los retos planteados. El libro de Boutier-Juliá, *Passés-recomposés* (1985) es el testimonio de la situación de desconcierto que vive actualmente la historiografía francesa, del cual se hizo eco la revista *Manuscrits* en un largo dossier¹⁴.

En España, aparte de la incidencia de la crisis de la historia, a escala general (múltiples indicadores se constatan, desde la caída editorial de las monografías históricas al progresivo empobrecimiento de las revistas históricas), se deja sentir mucho en estos años el impacto de la memoria histórica de los centenarios con todas sus connotaciones políticas. Se comenzó con el centenario de Carlos III en 1988, alcanzó su clímax en los múltiples centenarios ligados a 1992, y en los últimos centenarios de Felipe II (1998) y de Carlos V (2000), la Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V ha promovido congresos, exposiciones de gran eco mediático, publicaciones magníficas con el fin de “coordinar, impulsar y organizar todas aquellas iniciativas que pudiesen contribuir a mejorar el conocimiento de aquel período de nuestra historia, crucial y, con frecuencia, distorsionado”. La sobrecarga oficialista de estas celebraciones es evidente, aunque, desde luego, el balance de publicaciones que, en defini-

13. Un diagnóstico de la situación puede verse en las actas del coloquio *A historia a debate* (Santiago, 1993), publicadas en 1995, vol. I.

14. DOSSE, F., *La historia en migajas. De los Annales a la Nueva Historia*, Valencia, 1988; *Manuscrits*, 14 (1996), artículos de R. García Cárcel, C. Aguirre, C. Barros, B. Vincent, F. Dosse y B. Lepetit.

tiva, constituyen lo que queda de las efemérides celebradas, puede calificarse de muy provechoso para los historiadores del futuro. Lo peor de todo es el riesgo de que los historiadores olviden la vieja función crítica de la historia para convertirse en cultivadores de mercancías folklóricas o presuntos cómplices de grandes operaciones ideológicas de instrumentalización política de determinados hechos o de determinados personajes históricos.

No juzgaré aquí intenciones, sino resultados. La impresión que tengo es que si hubiera habido una operación planificada de intoxicación historicista desde el poder establecido, me temo que los resultados distan mucho de las presuntas intenciones. Ni se ha redimido a Felipe

II de la Leyenda negra (más bien se ha puesto de relieve la crítica autóctona) y más bien se ha ennegrecido la imagen de Carlos V (subrayándose la herencia comunera). El último centenario recordado ha sido el del advenimiento al trono de Felipe V. El recuerdo de la entrada de los Borbones más que una exaltación de la dinastía ha propiciado en los congresos y coloquios celebrados hasta el momento (Madrid, Cádiz, Zaragoza), la evocación del presunto proyecto político, socioeconómico y cultural que se albergaría en la alternativa austracista. Pero no puedo entrar aquí y ahora en esta temática. Abordemos ya las líneas de investigación.

1) *Los rendimientos decrecientes en historia económico-social*

La historia económica cae en picado en los últimos años. El propio objeto de la historia económica se ha resentido de una explotación abusiva durante veinte años de unos presuntos filones y los rendimientos decrecientes se han hecho sentir. La realidad es que la historia económica ha perdido el aura —construida dogmáticamente por sus usuarios— de presunta única historia científica moderna posible. Hoy esta falacia se considera indefendible. La historia económica ha ido evolucionando hacia una cliometría obsesiva que se ha despreocupado cada vez más de los temas clásicos estudiados por la historiografía en este campo. Se constata que cada vez hay menos modernistas ocupando los departamentos de historia económica rompiendo lo que era una tradición desde Vicens, Ruiz Martín y tantos otros historiadores: el deslizamiento de los historiadores de historia general, moderna o contemporánea, hacia la especialidad de historia económica. Ahora ese trasvase ha acabado y los departamentos de Historia económica se pueblan de economistas especializados.

La historia económica moderna parece enterrar los viejos problemas estructurales (la transición del feudalismo al capitalismo) o los debates sobre coyunturas para recuperar de Braudel sólo el concepto de cultura material y todos sus derivados: alimentación, vestido, vivienda... una nueva historia de la vida cotidiana menos pintoresca que la del viejo modelo de Defourneaux (*La vida cotidiana en el Siglo de Oro*), más rigurosa, más orientada hacia la reconstrucción del medio estructural que del costumbrismo folklórico. Una nueva historia ecológica, en definitiva. De todas las variables económicas, parece hoy dominar la historia urbana sobre la historia rural (en este ámbito destacan, desde luego, las obras de Pegerto Saavedra, López Salazar, Vicedo, Tello, Ferrer...).

La historia urbana se ha proyectado sobre todo hacia el comercio y la hacienda. En el ámbito del comercio el excelente estado de cuestión de J.M. Oliva publicado en *Manuscripts* y los últimos trabajos de Bernal, García Baquero y Martínez Shaw ponen de relieve el excelente nivel de desarrollo de los estudios sobre el comercio colonial (la *Carrera de Indias* y los costes del Imperio)¹⁵. La hacienda cuenta hoy con una nómina de excelentes historiadores (Carretero Zamora, Gelabert, Fortea, Fernández de Pinedo, De Carlos, Sánchez Belén, Sanz Ayán, De Bernardo Ares, Álvarez Nogal...) de entre los que quiero destacar la tesis de Bernardo Hernández, que por primera vez ha abordado la vieja asignatura pendiente de la hacienda en la Cataluña del siglo XVI.

Los historiadores que reflejan en sus obras un mejor conocimiento global de la problemática económica de la España moderna son Alberto Marcos y Bartolomé Yun.

La historia social ha pasado del estudio de las estructuras al de las relaciones sociales. Se ha superado la idea de que los grupos sociales son objetos o cosas dotadas de propiedades objetivas y objetivables. Los modelos estructurales puestos a navegar en el río de la historia se han hundido. La asunción de la complejidad ha implicado la revalorización de lo subjetivo y del reconocimiento de la incertidumbre como principio operativo. El concepto de *progreso* y su estela teleológica ha dado paso al discurso relativista del concepto de *cambios* como arbitraje entre conveniencias alternativas. El interés por lo social ha evolucionado hacia la fascinación por lo singular. Las clases sociales como objetos predeterminados para los historiadores están dando paso a nuevos temas

15. OLIVA, J. M., "Realidad y ficción en el monopolio de Indias", *Manuscripts*, 14 (1996).

de interés: la conciencia o percepción subjetiva de clase, siguiendo las pautas thompsonianas, la movilidad social que sigue reglas de juego de oferta y demanda cambiantes, en constante redefinición, y la asunción del paradigma liberal que parte de reconocimiento del principio de la libertad (limitada, conquistada, institucional, pero libertad al fin y al cabo), entendida como la racionalidad selectiva ante las distintas opciones que le ofrece el *mercado*, al que se le atribuye una operatividad más trascendente que la del determinismo del *sistema*, palabra tan sublimada en los décadas anteriores. Las causas escolásticas se han reconvertido en factores propiciatorios de propensión. La lógica causa-efecto ha pasado a ser lógica de situación. Los factores de estratificación social ya no son exclusivamente económicos sino sociales: ocupación, prestigio, edad, rol, posición local y simbólica.

Frente a la fascinación de los años setenta y primeros años ochenta por la marginación social y las rebeldías y revueltas populares (sólo el libro de Lorenzo Cadarso y, desde perspectivas muy distintas, el libro último de Gelabert, no introducen en la problemática de las convulsiones sociales en Castilla), hoy vivimos un período de euforia de la historiografía de las élites. El viejo concepto que elaboraran Mosca y Pareto en los años veinte y treinta, como artefacto aglutinante de unas minorías selectas con la misión expresa de frenar a las temidas masas en un contexto histórico de evidente miedo a la revolución, ha sido desenterrado en los últimos años como alternativa al vacío teórico generado por el deconstruccionismo sociológico y la desideologización salvaje que ha laminado el estructuralismo sociológico y los sistemas de valores que fundamentan las viejas compartimentaciones estamentales.

Bajo la etiqueta de élites se funden los estratos superiores de los conceptos estamentales clásicos de nobleza, burguesía y clero, unidos por la argamasa de la condición de elegidas, escogidas. El problema empieza porque uno no sabe quién las escoge como tales élites. “Muchos los llamados, pocos los escogidos”, aquella primera formulación bíblica de la ley de la oferta y la demanda, tenía a Dios como el gran elector, pero ¿quién elige o separa el grano de la paja en la oferta y demanda sociológica? Si no elige Dios, ¿son los mismos grupos sociales elitistas los que se autoescogen en un singular ejercicio de cooptación sociológica en función de particulares criterios de representación social? ¿o son los sociólogos los que establecen las fronteras de la separación, los que establecen el fetiche —como dice Marx— de las élites?

Por otra parte, el concepto de élites no se sabe dónde termina. El historiador de las élites a la busca de las esencias elitistas puede llevar a cabo un ejercicio de depuración del que no sabe su límite. Toda élite

implica una jerarquización de élites que nos conducirá implacablemente a buscar la élite de la élite. ¿En qué momento se frena el proceso selectivo?

Es evidente que la promoción de las élites como concepto sociológico en los últimos años (desde el congreso de metodología y fuentes para el estudio de las élites en España en Sedano en 1991, han proliferado los coloquios y las publicaciones sobre el tema) ¹⁶ obedece, a mi juicio, al fracaso en la conceptualización de las diversas clases sociales.

El concepto de la burguesía viene siendo puesto en cuestión por los trabajos de Raffaele Romanelli y J. Kocka¹⁷. Aquella vieja abstracción que el romanticismo sublimó como agente del cambio social que permite saltar del feudalismo al capitalismo, que el marxismo convirtió en depositaria de los valores del *homo economicus* representativo del sistema capitalista y que Max Weber y Sombart, a comienzos del siglo

XX, convirtieron en un casi metafísico “espíritu burgués” con criterios distintos, hoy resiste mal el desguace a que está siendo sometido. Los paradigmas de *burguesa* y *revolución burguesa* han fracasado cuando se han visto sometidos a la verificación de los comportamientos de los *burgueses*, cuando han caído mitos como la *ausencia de la burguesía* en España, el *individualismo burgués* en Inglaterra o las presuntas *misiones históricas* con cumplimiento o incumplimiento de las mismas (por ejemplo, el viejo concepto braudeliano de *traición*). La visión de la burguesía ha cambiado, testimonio de ello, son la tesis de Roberto Fernández y las obras compiladas por L. M. Enciso o J. I. Fortea, con excelentes estudios sobre la burguesía, no tanto entendida como clase sino como actitud mental.

También ha cambiado el interés por la nobleza o aristocracia. La floración de estudios sobre la nobleza en los últimos años ha trasladado su

16. DUPAQUIER, J., “Problèmes de la codification socio-professionnelle”, en *Histoire Sociale. Sources et méthodes*, Paris, 1967 (coloquio de Saint-Cloud, 1965); LABROUSSE, E. *et alii*, *Órdenes, estamentos y clases*, Madrid, 1978 (coloquio de Saint-Cloud, 1967). Sobre la clasificación socioprofesional interesa mucho la reflexión de Bourdieu. Vid. ACCARDO, R. y CORCUFF, Ph., *La sociologie de Bourdieu. Textes choisis*, Burdeos, 1986. En los últimos años destacan como referentes los libros de Kettering, Ago, Pegenne-Forsé, Genet-Lottes o Reinhard.

17. KOCKA, J., “A propósito de la burguesía. El problema de las élites en la Italia del Ochocientos”, *Ayer*, 2 (1991); ROMMANELLI, R., “Borghesia, Bürgestum, bourgeoisie. Itinerari europei di un concetto”, en KOCKA, J., ed., *Borghesie europeee dell'Ottocento*, Venecia, 1989; WALLEN STEIN, I., “The Bourgeoisie as concept and reality”, *New Left Review*, 167 (1988); BARRY, J., “Identité urbaine et classes moyennes dans l'Angleterre moderne”, *Annales*, junio, 1993.

atención por el régimen señorial —jurisdicción y propiedad de la tierra— hacia la historia de las mentalidades —la mentalidad nobiliaria—, que ha permitido diluir las diferencias de las actitudes de la nobleza con las actitudes de la burguesía, buscando nexos de vinculación entre ambas. Los trabajos de Ignacio Atienza, Amelang, Álvarez-Ossorio, Carrasco, García Hernán..., son expresivos de este interés por las élites nobiliarias. La obra de Enrique Soria refleja bien el deslizamiento de la preocupación genealógica a las inquietudes por los problemas de interrelación social, las fronteras y los límites de la promoción social. Su excelente *El cambio inmóvil*, constituye todo un reflejo de hacia dónde va la historia social¹⁸.

La intensa mezcolanza matrimonial, el continuado proceso de concesión de títulos de nueva creación y la convivencia en un territorio de sociabilidades compartidas diluye a nobles y burgueses en un magma sociológico de cada vez más difíciles fronteras estamentales, haciendo inútiles los viejos debates anglosajones sobre la *gentry* o la crisis de la aristocracia inglesa (modelo Stone).

El clero en la conceptualización de clases siempre quedó descolocado, porque su identidad no se ajustó nunca a los criterios estratificadores clásicos sociales. La Iglesia quedaba como sociedad cerrada en sí misma, autónoma en cualquier caso respecto a la tríada: nobleza-burguesía-pueblo. Desde luego no faltan los buenos trabajos de A. L. Cortés Peña, Higuera, Franco, Morgado, Candau, Chaubel, Barrio, Bada, y tantos otros. El propio concepto de pueblo, como ha demostrado Amelang, nos produce desazón ubicatoria. ¿Clases populares como sinónimo de clases explotadas o dominadas? ¿O simplemente tercer estado, acepción que desde un punto de vista jurídico se aglutinaría con la burguesía en un magma separado de la nobleza y el clero, como quiere Daniel Roche?¹⁹

Por otra parte, ¿todo el pueblo merece la misma ubicación social? ¿Qué decir de las *élites plebeyas*? ¿Cómo no conceder una vía de *redención* sociológica a las clases populares?

18. SORIA, E., *El cambio inmóvil*, Córdoba, 2000. Vid. en la misma línea los trabajos de Imízcoz o los compilados por J. L. Castellano, J. P. Dedieu y M. V. López-Carlón o F. Chacón y Hernández Franco.

19. STONE, L., *The Crisis of Aristocracy, 1558-1641*, Oxford, 1985; STONE, L. y FANTIER-STONE, J., *An Open Elite England, 1540-1880*, Oxford, 1984; ROCHE, D., *Les républicains des Lettres. Gens de culture et lumières au XVIIIe siècle*, Paris, 1988; AMELANG, J., *La formación de una clase dirigente. Barcelona, 1490-1714*, Barcelona, 1986.

En este contexto de desconcierto ubicatorio, en este peregrinaje de los estamentos por encontrar un lugar ordenado al sol de la metodología, es perfectamente lógico que los historiadores hayan vuelto al redil de las élites, conviniendo en la comodidad que representa quitar estantes del armario sociológico y jugar con dos grandes cuerpos: elegidos-electores, élites-pueblo.

La frontera, insistimos, que determinaría esa supuesta condición de élite elegida sería compleja. Incidirían componentes económicos (patrimonio y rentas), políticos (cargos públicos y poder institucional), jurídicos (títulos), sociales (notabilidad, reconocimiento) y culturales (monopolio, cultura hegemónica, capacidad de perpetuación a través de herencias culturales). En función de estos criterios se han usado múltiples categorías conceptuales sinónimas de élites pero con otros nombres: *clases privilegiadas* (Domínguez Ortiz), *oligarquías dirigentes* (M.T. Pérez Picazo), *notables* (Bergeron, Chaussinaud-Nogaret), *buenas familias* (McDonnogh), *ricos* (Pérez Ledesma), *señores y propietarios* (Ruiz Torres)²⁰. En todos estos conceptos brilla con luz propia, como signo de identidad fundamental de las élites, el concepto de *poder* que se proyecta en diferentes formas, desde el privilegio fiscal a la capacidad de influencia o notabilidad social.

En definitiva, la historia de las élites se nos convierte en la historia de los poderes, los poderes entrecruzados y no siempre contrapuestos de los poderes centrales y locales, los económicos y los políticos, los laicos y los religiosos.

20. DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, Madrid, 1979; PÉREZ PICAZO, M. T., "Formes de pouvoir local dans l'époque moderne et contemporaine. Des bandes au caciquisme au royaume de Murcia (XV-XIX siècles)", en *Patronat Klientel Beziehungen in der Frühen Neuzeit*, Múnich, 1984; PÉREZ PICAZO, M. T., "Oligarquías municipales y liberalismo en Murcia, 1750-1845", *Áreas*, 6 (1986); PÉREZ PICAZO, M. T. y LEMEUNIER, G., "De regidor a cacique: las oligarquías municipales murcianas en el siglo XIX", en SAAVEDRA, P. y VILLARES, R., *Señores y campesinos en la Península Ibérica. Siglos XVIII-XX: Os señores da Terra*, Barcelona, 1991; BERGERON, J. M. y CHAUSSINAUD-NOGARET, G., *Grands notables du Premier Empire. Notices de biographie sociale*, Paris, 1978-1987; McDONNOGH, G. W., *Las tramas familiares de Barcelona. Historia social del poder en la era industrial*, Barcelona, 1989; PÉREZ LEDESMA, M., "Ricos y pobres, pueblo y oligarquía, explotadores y explotados. Las imágenes dicotómicas en el siglo XIX español", *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 10 (1991); RUIZ TORRES, P., *Señores y propietarios. Cambio social en el sur del País Valenciano, 1650-1850*, Valencia, 1981.

2) *La historia política*

El Estado-nación está en crisis. Y la historiografía de los últimos años se resiente de ello. En primer lugar, porque en el discurso del concepto de nación parece asumirse más la tesis subjetivista de Benedict Anderson que no la objetivista de los Hobsbawn o Kedourie²¹. De acuerdo con Anderson, en España parece cada vez más asumido el concepto de nación como “comunidad imaginada”. Así, lo que configuraría a los connaturales, no es tanto la identidad objetiva como el verbo identificarse, un verbo nunca innato sino fruto de un aprendizaje otorgado por la familia y en entorno social, un aprendizaje que se proyecta en el terreno de la selección. Es un proceso continuo y socialmente elaborado de definición del amigo y del enemigo, de la experiencia de la diferencia, de la percepción de la alteridad. Esa visión subjetivista impregna los estudios sobre la realidad nacional en la España del Antiguo Régimen, en un momento de evidente euforia nacionalista en nuestro país. Pero, sobre todo, el viejo concepto de Estado como sistema orgánico ha ido diluyéndose. La magistral visión del Estado moderno que nos dio P. Fernández Albaladejo en sus *Fragmentos de monarquía*, los trabajos de B. Clavero sobre el Estado, la exaltación del papel de las ciudades que no ha trazado Fortea... son expresivos de una imagen del Estado mucho más desarmada y débil de lo que la historiografía romántica liberal había trazado.

Parece haber muerto la historiografía del Estado, del viejo régimen monárquico-señorial (Maravall) que ha quedado desmigajado en despojos de poder invertebrado con un escenario alternativo al del Estado sublimado en los últimos tiempos hasta el delirio: la Corte.

Los estudios sobre la Corte en España han sido múltiples; desde los análisis de los poderes centrales con sus grupos de presión —que han hecho J. Martínez Millán y su equipo— a los trabajos de F. Bouza sobre las pautas culturales cortesanas.

El gobierno ha quedado definido con la construcción del consenso o la erosión del discurso de una sociedad. Las élites de poder tienen un papel fundamental como conductoras de la obediencia o fidelidad a ese poder. La tesis de Benigno abunda muy bien en esta conceptualización²².

21. HOBBSBAWN, E., *Nations and Nationalism since 1780*, Oxford, 1980 (trad. española en Crítica); KEDOURIE, E., *Nationalism*, Londres, 1960; ANDERSON, B. *Imagined Communities. Reflections on the Origins and Spread of Nations*, Londres. 1983.

22. BENIGNO, F., *La sombra del rey*, Madrid, 1994.

La dialéctica entre los poderes del Estado y de las élites regionales o locales ha generado múltiples trabajos, la mayor parte de ellos centrados en las cortes (J. I. Fortea, J. L. Castellano...). Hoy es difícilmente defendible la teoría de la permanente confrontación de los poderes centrales frente a los locales. La precariedad de medios del Estado le obligó a pactar con las élites locales en condiciones muchas veces de dependencia. Las relaciones verticales entre *court* y *country* (Trevor Roper) no se pueden explicar sin tener en cuenta las relaciones horizontales. Xavier Gil ha puesto de relieve que la vieja óptica *whig* de los estudios sobre la revolución inglesa hoy es indefendible. La oposición parlamentaria pierde trascendencia en beneficio de facciones entre los diversos círculos de poder. No va a ser el Parlamento, sino la comunidad local la que va a derrotar a Carlos I, y no por odio a la causa realista, sino por odio a la guerra. Este revisionismo historiográfico afecta hoy a todos los países (la Prusia de Black, la Bohemia de Evans o el Languedoc de Miller), poniéndose en evidencia que el absolutismo y la centralización se ejercieron siempre en función de los poderes locales que conservaron notables parcelas de autonomía. La conducta colaboradora o resistente de las clases dirigentes locales, provinciales, resultado de la difícil combinación de interés vertical y lealtad a unos principios nunca inamovibles fue tan importante como la acción de los gobiernos. El patriciado milanés y los barones y juristas napolitanos, sicilianos y sardos permitieron, según X. Gil, la soberanía de los Austri sobre los territorios e impidieron que el dominio español fuera demasiado intenso. La dependencia del centro respecto a las fuerzas sociales periféricas es muy clara.

En la misma línea, J. L. Palos ha puesto de relieve que la centralización por parte de la monarquía sólo se pudo ejercer allí donde los grupos dirigentes locales presentan perfiles definidos e intereses relativamente homogéneos, donde el interlocutor era fácilmente identificable y con el que se podía negociar. Del estudio de los poderes locales se han ocupado De Bernardo Ares, Rodríguez Cancho, Mauro Hernández, entre otros.

La historia política, en cualquier caso, ha seguido marcada por el paradigma de la confrontación Estado-nación. La polarización en este sentido se constata en la historiografía a través de la especial beligerancia de la historiografía periférica, más o menos nacionalista. Para la época de los Austrias, el historiador más destacable de los que han escrito desde una sensibilidad periférica ha sido Ernesto Belenguer, para la época de los Austrias; para la época de los Borbones el más

brillante, sin duda, es Enrique Giménez, que sigue los pasos de su maestro Antonio Mestre.

En el ámbito de la historia política, en los últimos años ha brillado con luz propia el retorno a la biografía como género muy demandado en el mercado (hasta el momento se ha proyectado la atención hacia las biografías de los reyes; en este sentido, merece recordarse aquí las biografías de los Borbones, en curso de publicación); la prosperidad de la prosopografía que ha propiciado investigaciones de gran calado hacia la identidad del poder (destaca especialmente el grupo que, bajo el liderazgo de J.P. Dedieu en la *Maison des Pays Ibériques de Burdeos*, viene trabajando en esta vía metodológica con historiadores de gran prestigio como M.V. López Cordon, entre otros); el pensamiento político que se esconde en determinados conflictos (la revolución catalana de 1640 y la guerra de Sucesión, han sido especialmente exploradas); o el discurso cultural (el erasmismo ha sido radiografiado para detectar las presuntas expectativas políticas que se albergan en sus textos ideológicos)...

3) *La nueva historia cultural*

La historia de la cultura se ha visto condicionada por la crisis de conceptos que habían tenido gran difusión como el de cultura popular y su derivada, la religiosidad popular. El adjetivo popular ha quedado sin referencias sociológicas de clase sino meramente identificable con lo abundantemente consumido. Es popular aquello que es masivamente consumido. Es el mercado el que dictamina lo popular. Y naturalmente en relación con el mercado, la cultura se convierte en espectáculo o en opinión. La fascinación por los *media* entierra definitivamente los mensajes. La progresiva influencia americana y la fascinación macluhanista por los *mass-media* (sólo *es* aquello que es mediatizado; son los *media* los que legitiman la realidad) ha trasladado a los historiadores de la cultura, de la disección de los mensajes (contexto, texto, autores) a la exploración de los *media*, desde el mercado consumidor a las estrategias de producción y distribución de la mercancía cultural. El presente de la nueva historia de la cultura tiene un nombre propio: Roger Chartier que bautizó magistralmente esa nueva área de trabajo como la historia cultural de lo social. A través de aportaciones de sociólogos como Bourdieu o Elias, de antropólogos simbolistas como Geertz, de filósofos como Certeau, Chartier nos introduce en el concepto de representación colectiva, tomado en préstamo de Mauss y Durkheim, matizando y

diversificando los mecanismos de percepción y juicio y las fronteras que atraviesan el mundo social. A partir de unas identidades objetivas referenciales, los hombres generan unas representaciones que configuran y producen el sentido de lo real: “El lenguaje no puede ser considerado como la exposición transparente de una realidad exterior o de un sentido dado previamente. Es, en su funcionamiento mismo, en sus figuras y sus acuerdos, como la significación se construye y la realidad es producida”²³.

El concepto de representación ha sido el más desarrollado en los últimos años. A partir de su sentido inicial, que no es otro que el de la imagen del objeto ausente, imagen condicionada por los mecanismos de percepción, valoración y dotación de sentido de los productos culturales, Chartier ha ido redefiniendo el término representación, estableciendo toda una baraja de posibles maneras de entenderlo. Ello le ha llevado a abordar infinidad de matices y cuestiones derivadas de la problemática de la representación, desde el etnocentrismo de la lectura de Hansen, las tipologías de las comunidades de interpretación de Fish, las variaciones de los contextos, la dialéctica ideas-prácticas, etc.²⁴. El impacto de Chartier en la historiografía española ya lo he glosado en otro lugar. A lo que he dicho de él, me remito aquí²⁵.

Otro historiador de gran incidencia en nuestra historiografía reciente ha sido Giovanni Levi, por más que él no sea historiador de la cultura propiamente dicho, sino que procede de la historia económica, a su vez muy influenciado por Polanyi y otros especialistas de la historia del mercado. Su libro sobre *La herencia inmaterial* ha enterrado el modelo Le Roy Ladurie de la historiografía inquisitorial que pretendía construir las señas de identidad antropológico-regionales de tal o cual comunidad a partir del salto cualitativo del pecar al ser. El proceso inquisitorial de 1697 iniciado en el Piamonte a un párroco local le permite a Levi reflexionar no sobre cómo son los piamontescos, sino sobre las relaciones interpersonales que le permiten penetrar en los sistemas de dominación, los conflictos, la herencia inmaterial de prestigio. Su camino ideológico es muy particular. Se distancia del marxismo en tanto que se

23. CHARTIER, R., “El mundo como representación”, *Historia Social* 10 (1991); y “L’histoire aujourd’hui: doutes, défis, propositions”, *Historia a debate*, Santiago, 1995, vol. I.

24. *Vid.* el último libro de R. Chartier publicado en español, *Escribir las prácticas*, Ed. Manantial, Buenos Aires, 1996.

25. GARCÍA CÁRCCEL, R., “Prólogo” al libro de CHARTIER, R., *El orden de los libros*, Barcelona, 1994.

constatan comportamientos no dictados por el imperativo económico de los recursos disponibles, que presidido por el teleologismo habitual había visto en el mundo mercantilizado del capitalismo la realización plena de la racionalidad económica, que sólo contempla la disponibilidad del esfuerzo en dirección a un objetivo, que no contempla la inercia o la irrelevancia en las relaciones, que cree en la permanente coherencia de intenciones y mecanismos psicológicos, que olvida los individuos en beneficio de la presunta lógica de las leyes históricas. Pero se distancia, en el mismo grado también de la historia de las mentalidades a la francesa en tanto que ésta partía de la supuesta irracionalidad de los comportamientos en función de inconscientes o imaginarios colectivos que rompían toda presunción de lógica histórica. El mejor referente actual para la historiografía está siendo Peter Burke, sobre todo por sus magistrales estados de cuestión de historia cultural en Europa²⁶.

La historia de las mentalidades se ha visto enormemente influida por la crisis o por la teoría de las crisis. El deconstruccionismo de Derrida y Vattimo con la bandera de la postmodernidad ha hecho estragos. La crisis del objeto de la historia total y sus connotaciones de rotundidad y determinismo ha dado paso a una historia desmigajada de variación y contingencia, en la que prima la incertidumbre como principio operativo; el progreso se ha visto cuestionado por la piqueta demoledora del relativismo; todas las estructuras sociales y mentales se han roto en el complejo mundo de las relaciones y la pluralidad de condiciones de alineamiento; lo social ha dado paso a lo singular, representativo o no; la concepción analógica se ha visto sustituida por la estrategia de arbitraje de alternativas de cambio posible, la explicación se ha aparcado en beneficio de la expectativa de comprensión y el giro lingüístico (*semiotic challenge*) ha destrozado la vieja unión de la historia y las ciencias sociales. La literatura y la historia se han replanteado en profundidad sus relaciones y los géneros o disciplinas están perdiendo sus fronteras distintivas (recuérdese en este sentido un Simon Schama). La movilidad social parece la aportación más constatable de esta historia neo-liberal tan institucionalizada. Los nuevos temas de la historia de las mentalidades en los últimos años son profundamente representativos del agotamiento del territorio clásico de la *nouvelle histoire* y de la busca de horizontes que, en muchos casos, pueden calificarse de esoté-

26. LEVI, G., *La herencia inmaterial*, Madrid, 1990; *vid.* la entrevista que se le hizo en *Manuscrits* 11 (1993). El último estudio de P. Burke publicado en español es *Formas de la historia cultural*, Madrid, 2000.

ricos (cuerpos, gestos, colores, nombres, sensaciones)²⁷. Ante la situación, caben todo tipo de posiciones, desde el optimismo de Morales Moya en 1993 a la crítica dura de E. Moradiellos en el mismo año²⁸.

Vivimos hoy ciertamente tiempos de redefiniciones y realineamientos. El revisionismo lo invade todo y los revisionistas de 1985 nos sentimos absolutamente desbordados. La duda metódica y no metódica ha dejado las vergüenzas dogmáticas al aire y ha obligado a alguna que otra autocrítica. Compárese al respecto la reflexión histórica de Fontana de 1982 y 1992²⁹. La dicotomía de 1985 entre vieja y nueva historia, hoy carece de sentido y de existir alguna confrontación dialéctica en el ejercicio caótico y voluntarista en que se ha convertido este oficio de historiadores, aquella no sería sino la determinada por el método o las formas, nunca por los temas ni por las ideologías subyacentes. El debate o mesa redonda que organizó *Manuscripts* en 1993 lo puso claramente en evidencia³⁰. Pero ¿cuál es la historia de la cultura y de las mentalidades que se hace en el presente actual?

Digamos, por lo pronto, que la historia de las mentalidades puede hoy considerarse finiquitada como tal, con ese nombre. De aquella explosión del inconsciente y del imaginario colectivo, de aquel permanente reconocimiento de los límites de la razón no queda nada serio. El libro de Theodore Zeldin es el testimonio del nivel degenerativo de aquella historia mental³¹. Hoy, más que la apuesta por el irracionalismo —que queda asignado como territorio de esoterismos y deficiencias de riego sanguíneo cerebral— parece dominar la conciencia de la pluralidad de razones que explican la realidad. No es la racionalidad ni la lógica lo que falla es la racionalidad escolástica o la lógica reduccionista lo que ha mostrado sus insuficiencias. El camino del historiador no es el de explorar territorios metafísicos sino especular con el conjunto de razones de todo tipo que determinan la conducta humana y que se mueven en el amplísimo espectro que separa el azar de la necesidad, conceptos no forzosamente dicotómicos sino en ocasiones, cómplices.

27. Vid. mi artículo “Historia de las mentalidades e Inquisición”, *Chronica Nova* 18 (1990).

28. MORALES MOYA, A., “Historia y postmodernidad”, *Ayer*, 6 (1992); y MORADIELLOS, E., “Últimas corrientes en historia”, *Historia social*, 16 (1993).

29. FONTANA, J., *La historia después del final de la historia*, Crítica, Barcelona, 1992.

30. “Taula rodona: la Historia a debat” (R. Chartier, R. García Cárcel, G. Levi y S. Woolf), *Manuscripts*, 12, (1994).

31. ZELDIN, T., *Historia íntima de la humanidad*, Madrid, 1996.

Y en esa exploración de la multiracionalidad posible la historia de lo mental ha perdido su autonomía postiza —la que le dieron los hombres de la tercera generación de Annales— para integrarse de nuevo en la historia de la cultura, una vez ésta ha perdido definitivamente su exclusiva adscripción intelectual. La contraposición ideología-mentalidad vovelliana hoy carece de sentido barrida la frontera de la racionalidad como eje delimitador del horizonte cultural. Quizá el canto de cisne de esta dualidad fue el coloquio de la Asociación Española de Historia Moderna celebrado en Murcia en 1992³².

De esta especie de diluvio que ha sufrido la historia de lo mental, el concepto de representación se ha visto claramente afectado. Parece hoy generalizarse el uso del término en la segunda acepción (la escenográfica) de las planteadas por Chartier, la que la define como el conjunto de formas de exhibición —re-presentación— de la identidad social a través de símbolos, signos e imágenes³³. Y desde este punto de vista, sobreviven los temas de la muerte y de la fiesta, con todo su aparato ceremonial, proyectados, eso sí, no hacia el ámbito de lo popular, sino hacia lo cortesano, cuya problemática viene fascinando últimamente a los historiadores. C. Álvarez Santaló y F. Bouza son los grandes maestros de esta línea de investigación. Ambos colaboraron en el número 13 de *Manuscripts* (1995) dedicado a esta temática. José Luis Sánchez Lora, entre otros, se ha dedicado al desentrañamiento de la fenomenología religiosa. El rito y la ceremonia de la fiesta, tanto religiosa como laica, ha merecido también la atención sobresaliente de historiadores brillantes como Eliseo Serrano y M.^a Pilar Monteagudo.

El concepto de representación en su primera versión parece tender a denominarse con el genérico *percepción*. Y en este frente, la investigación se ha proyectado casi obsesivamente a los problemas de *opinión*, de configuración de la opinión pública, la naturaleza espontánea o dirigida de esa opinión, sus fluctuaciones... El viejo trabajo de J. Elliott en 1977 sobre la introspección y la decadencia en España en el siglo XVII continúa siendo un referente de esa línea de investigación³⁴. Teófanos Egido es, en este territorio, el gran maestro, desde sus estu-

32. ÁLVAREZ SANTALÓ, L. C. y CREMADES, C., *Mentalidad e ideología en el Antiguo Régimen*, II Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna, 1992, vol. II, Murcia, 1993.

33. Las definiciones de R. Chartier en *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, 1992; y *Escribir las prácticas*, Buenos Aires, 1996.

34. Este artículo se publicó en *Poder y sociedad en la España de los Austrias*, Barcelona, 1982.

dios clásicos sobre literatura panfletaria o clandestina. Esta es la línea de investigación más seguida en Cataluña, sin duda, gracias a contar con la fuente preciosa de los *Fulletts Bonsoms* de la Biblioteca de Cataluña.

Los trabajos de publicística se han vinculado sobre todo a dos hitos básicos de la historia de Cataluña: la revolución de 1640 y la guerra de Sucesión, a la busca, sobre todo, del proceso de elaboración de la conciencia nacional catalana. El grupo de historiadores del Departamento de Historia Moderna de la Universidad Autónoma de Barcelona ha llevado a término una labor importante en este campo.

En este territorio de la *percepción* se ha seguido trabajando mucho sobre la historia de la mujer, a la busca de la codificación de los discursos masculinos sobre la mujer (desde los clericales a los literarios o los políticos) todavía con excesiva dependencia de las fuentes literarias, olvidando sus muchas limitaciones (confusión entre información y opinión, identificación entre referencias deudoras de la tradición literaria, de la creación intelectual del autor o de la coyuntura del tiempo del autor o de la obra...). Esta historia se encuentra, en cualquier caso, a la busca de nuevas fuentes. Las viejas referencias de los Menochio o Martin Guerre han dado paso a nuevas voces de aquellos tiempos. Procesos judiciales como los estudiados por Judith Brown y Gene Bruker, dietarios, memorias, autobiografías... están propiciando nuevas posibilidades al estudio de la mujer. De su éxito editorial es buen reflejo la serie *La mujer...* que Alianza publicó paralelamente a la de *El hombre...*³⁵. Mary Nash ha hecho balance sobre la historia de la mujer en los últimos años que me eximen aquí de cualquier intento de estado de cuestión al respecto³⁶.

Este ámbito de la percepción ha generado estudios sobre los mecanismos reactivos que los condicionamientos de la imagen suscitan. Sobre todo se ha desarrollado el concepto de estrategia con toda su carga de optimismo voluntarista y liberal en la investigación sobre las actitudes ante la muerte y sobre todo en el horizonte de estudios sobre la familia.

35. No han tenido en España el éxito que merecían los libros de BROWN, Judith, *Afectos vergonzosos: sor Benedetta, entre santa y lesbiana*, Barcelona, 1989, ni los de Gene Bruker, *Giovanni y Lusanna: Amor y matrimonio en el Renacimiento*, Madrid, 1991, quizá porque se tradujeron con retraso. En España esta línea está muy bien representada por M. H. Sánchez Ortega. Destaca su libro *Pecadoras de verano, arrepentidas de invierno*, Madrid, 1995.

36. NASH, M., "Una década de Historia de la mujer en España. Una reconsideración", *Historia social*, 9 (1991), pp. 137-161.

En el primer caso, el mejor historiador sobre esta temática ha sido José Luis Betrán. Su tesis-libro nos libera de las estériles polémicas respecto a la supuesta descristianización que tanto atormentaron a los maestros franceses y que han generado infinidad de estudios en España en la última década³⁷. Salvo el modelo balear y el aragonés —y ello pese al magnífico coloquio organizado por la Institución Fernando el Católico y coordinado por E. Serrano en Zaragoza sobre muerte y religiosidad popular— puede decirse que hoy contamos con conocimientos sobre todas las regiones españolas de las actitudes ante la muerte siguiendo el modelo vovelliano. El último libro que merece citarse en esta línea es el de Martínez Gil³⁸. Pues bien, J. L. Betrán no sólo penetra en la preparación testamentaria de la muerte, sino que nos analiza la estrategia de la lucha contra la muerte, de la lucha por la vida, a partir de las grandes aportaciones teóricas y metodológicas de la historiografía italiana al respecto. En esta batalla por la supervivencia han tenido gran desarrollo en España los trabajos sobre inclusión y exclusión. Con una importante tradición historiográfica sobre marginación, la influencia de Foucault y otros historiadores ha llevado a los historiadores españoles a este campo, donde se han juntado los interesados en la marginación sexual o social (Vázquez García, Carrasco...) y los conocedores de la tipología de las formas de coacción y preservación del sistema frente a los marginados. El gran historiador de todo este territorio es, sin duda, Pablo Pérez García³⁹.

Pero, como decíamos, el concepto de estrategia se ha polarizado en los últimos años, sobre todo hacia el ámbito de los comportamientos familiares. Temas como el del papel del amor ante la concepción del matrimonio impuesto por los padres y la actitud de la Iglesia al respecto, el fracaso conyugal, la función de la ética religiosa y las prácticas sexuales anticonceptivas en las fluctuaciones de la fecundidad y la natalidad, la génesis del cariño hacia los niños... fueron los grandes problemas abordados por la historiografía europea de la familia en los últimos veinte años. Aquí, con retraso, esta problemática se ha abordado sobre todo en el ámbito extremeño (Testón, Hernández Bermejo), castellano (Mantecón, Lorenzo Pinar...) y murciano, donde el papel de

37. BETRAN, J. L., *La peste en la Barcelona de los Austrias*, Lleida, 1996.

38. MARTÍNEZ GIL, F., *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Madrid, 1993.

39. PEREZ GARCÍA, P., *La comparsa de los malhechores. Valencia, 1479-1518*, Valencia, 1990; id., *El justicia criminal de Valencia, 1479-1707*, Valencia, 1991.

Francisco Chacón como gran maestro de la historia de la familia en España, es incuestionable⁴⁰.

En el territorio de la percepción, viene desarrollándose últimamente el concepto de *invención*, con singular atención a los problemas de manipulación de la memoria nacional. El imaginario abstracto, sin referencia objetiva, ha dado paso como objeto de atención historiográfica a la invención, la construcción de artefactos intelectuales en los que depositar la propia fe. La invención del Purgatorio y demás lugares del imaginario religioso ha dado paso a invenciones sociopolíticas centradas en la propia identidad. El dossier de *Manuscripts* (nº 12) se dedicó a esta temática⁴¹ y también *L'Avenç* dedicó uno de sus números casi monográficamente a ello⁴². Últimamente parece hablarse de invención tanto para referirse a Europa como a la propia España⁴³. Incluso, Jaime Contreras, se ha interesado también por este concepto en su trabajo sobre genealogía y limpieza de sangre reconstruyendo los procesos de invención de la memoria del linaje⁴⁴.

El concepto de representación en su versión inicial de aplicación de la interpretación mediática subjetiva al objeto cultural, se ha polarizado básicamente hacia el ámbito de la crítica textual, dentro de la problemática, en definitiva, de la multiplicidad de lecturas del texto⁴⁵. Los riesgos del desprecio hacia la realidad objetiva del texto en beneficio de los excesos del movimiento de liberación del lector y la anarquía liberal, las puso de relieve Angelo Torre en sus críticas a Chartier⁴⁶. Los matices y precisiones de Chartier respecto a las prácticas y las representaciones no pueden ocultar un cierto repliegue de la euforia interpretativa y subjetivista que priorizaba siempre la lente del ojo lector sobre el

40. CHACÓN, F., "Nuevas tendencias de la demografía histórica en España: las investigaciones sobre historia de la familia", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, IX-2 (1991), pp. 79-98; id., "La historia de la familia. Debates metodológicos y problemas conceptuales", *Revista Internacional de Sociología*, 11 (mayo-agosto), pp. 5-20.

41. *Manuscripts*, 12 (1994), artículos de A. Elorza, A. Simón Tarrés, A. L. Cortés Peña y C. Barros.

42. *L'Avenç*, 182 (1994).

43. FOX, I., *La invención de España*, Madrid, 1997; TODD, E., *La invención de Europa*, Barcelona, 1995.

44. CONTRERAS, J., "Linaje y cambio social. La manipulación de la memoria", *Historia social*, 21 (1995), pp. 105-125.

45. La única excepción que podemos citar es el pequeño libro de RIERA, Antoni *et alii*, *Representación de la sociedad en la historia*, Universidad de Valladolid, 1991.

46. La polémica de R. Chartier y A. Torre en *Quaderni Storici*, 92 (1996).

texto escrito. En cualquier caso, la historia del libro y en particular de la lectura constituye el área que mayor y mejor desarrollo está teniendo ⁴¹. El problema que en este terreno ha inquietado permanentemente a la historiografía sobre historia del libro en España ha sido el de la homologación de España a Europa, el síndrome comparativo derivado del fantasma de la leyenda negra. ¿Ha sido España furgón de cola en la Europa de las tres velocidades de alfabetización de que escribió Cipolla? Evidentemente, el peso de la tradición weberiana ha contribuido a dramatizar tradicionalmente el supuesto subdesarrollo cultural respecto a Europa.

Bennassar para el siglo XVI, Kagan y Kamen para el siglo XVII y López para el siglo XVIII han contribuido a levantar el complejo de inferioridad. El concepto de Contrarreforma se ha redimensionado y Trento ha dejado de ser el paradigma del integrismo ideológico para convertirse en hito fundamental de una formidable operación de rearme clientelar, de despliegue mediático paralelo —aunque con retraso— al gran proyecto educativo del calvinismo. La discusión entre optimistas y pesimistas ha ido abandonando el territorio ideológico para asentarse más en cuestiones técnicas y económicas. Así la polémica Jaime Moll-François López de 1980 se desliza hacia los problemas de la industria editorial como el raquitismo empresarial, los costes del papel, las mecánicas de la propia impresión... que Moll como Péligrý subraya en toda su negatividad mientras que tanto López como Luis Gil parecen incidir más a la hora de buscar responsabilidades en la política de la monarquía.

Lo cual ha trasladado la polémica al ámbito político por la ofensiva de los últimos años de los historiadores profelipistas que tanto en el terreno de las artes (Checa Cremades) como en las ciencias (Goodman) y la propia producción impresa (Bouza, Voet) nos vienen dando en los últimos años una visión extraordinariamente favorable de Felipe II.

Conviene también subrayar que las interpretaciones más optimistas sobre la alfabetización y posesión del libro han trasladado a épocas mucho más tardías (la Ilustración en la segunda mitad del siglo XVIII o la desamortización) el punto de partido del desencanto español respecto a Europa. Parece la venganza de los modernistas sobre los historiadores contemporaneístas o el ajuste de cuentas de la historiografía conservadora sobre la progresista que típica y tópicamente había

47. El mejor historiador del libro actualmente en España es Fernando Bouza, desde su *Del escribano a la biblioteca*, Madrid, 1992, a su *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*. Madrid, 2001.

juzgado favorablemente, desde un punto de vista ideológico, hechos como la desamortización y ahora se ve obligada a reconocer el catastrofismo cultural que supuso.

Esta antigua preocupación por la valoración positiva o negativa de la cultura española en relación con Europa ha conducido tradicionalmente a los historiadores españoles a estudiar prioritariamente los temas de legislación y censura. Desde el viejo libro de Eguizábal (1879) a los trabajos más recientes de Pardo Tomás sobre la censura⁴⁸, han sido múltiples los esfuerzos dedicados al conocimiento de los mecanismos de control legal sobre el libro que, actualmente, han desembocado en la incidencia de la Inquisición sobre la cultura reproduciendo el antiguo debate sobre la ciencia en España. Hoy, a este respecto, parece desde luego que las inquietudes de los historiadores, asumida la valoración negativa del impacto inquisitorial sobre la cultura, se proyectan esencialmente hacia la matización o la precisión del grado de eficacia diferencial de la Inquisición sobre los distintos sectores de la cultura (sobre todo, discerniendo el presunto desfase entre la norma política y la práctica lectora con el análisis de las distintas estrategias de supervivencia cultural). Por otra parte, también se intenta huir de la simple descalificación ideológica de la censura para intentar penetrar en los mecanismos de la *lógica* que amparó o guió sus criterios (personal, corporativa, coyuntural, estructural...). Sigue siendo un reto reconstruir la racionalidad inquisitorial.

El papel de la historiografía catalana en este terreno ha sido extraordinario. Las grandes preguntas planteadas en el territorio de la historia de la cultura han sido: ¿Cuántos poseían libros? ¿Cuántos libros poseían aquéllos que tenían alguno? ¿Quiénes eran los lectores? ¿Qué se leía? Las respuestas a estas preguntas han alimentado un cierto optimismo que ha permitido enterrar el viejo mito del subdesarrollo o retraso español respecto a Europa. Hoy parece haberse superado ya el síndrome de la comparación de la cifra de alfabetización y lectura con Europa y, desde luego, se constata una cierta crisis de la fe en los inventarios post-mortem como el gran eje sobre el que giraba la historia de la cultura en nuestro país. Los libros de Manuel Peña, la tesis de Javier Burgos, los trabajos de los equipos de la Universidad Carlos III de Madrid (Enrique Villalba), de Alcalá con su revista *Signos...* son los mejores referentes.

48. PARDO TOMÁS, J., *Ciencia y censura. La Inquisición española y los libros científicos en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1991.

Los historiadores de los inventarios han sido presa de algunas obsesiones. La primera y principal ha sido establecer los porcentajes globales de la posesión del libro en las diversas ciudades para, a partir de aquí, elaborar historia comparativa que ha permitido en los últimos años especular, a mi juicio, frívolamente sobre la presunta homologación de España a Europa. Muchos historiadores, parece, que han hecho estudios sobre inventarios con la voluntad de inferir un cierto narcisismo español que permite considerar unos niveles culturales en España —en alfabetización y posesión del libro— al nivel europeo e incluso por encima de muchos países europeos. Narcisismo nacional que constituye una distorsión ideológica —en el sentido más ortodoxo de este término— del estudio de los inventarios. Y ello nos parece una barbaridad. En primer lugar, porque la posesión del libro no puede identificarse con la lectura; en segundo lugar, porque la pluralidad de criterios metodológicos de los diversos estudios —que muchas veces se olvida— hace inviables los intentos de comparación; en tercer lugar, porque la lectura lineal de los inventarios es arriesgada. El historiador debe tener en cuenta la información presente y la información ausente en los inventarios. Como ha dicho Roger Chartier, si sólo nos fijamos en los inventarios podría dudarse de la existencia de la Biblioteca Azul⁴⁹. La ausencia o escasa presencia en las relaciones de libros de lunarios o literatura panfletaria no implica la inexistencia efectiva en las bibliotecas de este tipo de libros. Hay que tener presente que la obviada no es solemnizada por el notario y la gran *divulgación* es relegada en beneficio de la *distinción* de los libros de mayor fuste. Lo significativo para un notario no es lo estadísticamente representativo. El excesivo uso de los libros condena, por otra parte, determinados libros al riesgo de una desaparición física y su no presencia en los inventarios.

Por otra parte, se ha de ser consciente de la necesidad de superar el tratamiento individual de los inventarios. Levi, como decíamos, ya precisó el escaso sentido que tenía olvidar la variable de la familia en el consumo de los libros. ¿Por qué la preocupación en establecer los porcentajes de la posesión del libro de las mujeres, para inmediatamente después subrayar la precaria situación cultural de las mismas? Los escasos porcentajes de presencia femenina entre la posesión de inventarios obedecen a problemas jurídicos y nada tienen que ver con factores culturales. El consumo cultural era compartido familiarmente. El individuo-consumidor es una ficción en la sociedad del Antiguo Régi-

49. R. Chartier, prólogo al libro de PEÑA, M., *El laberinto de los libros*, p. 21.

men. La lectura en voz alta es el vehículo probable de mayor y mejor transmisión cultural. Si lo fue en la calle, ¿cómo no lo iba a ser en el medio familiar? Los hipotéticos tipos de lectura (apático-compulsiva, casual-singular-popular, lectura-relectura...) no quedan reflejados en la presencia de los libros en los inventarios. Quizá ha llegado la hora de valorar más los inventarios de instituciones, centros académicos... y, por supuesto, de los propios libreros, que nos dan una imagen del consumo cultural colectivo, concepto éste posiblemente más fiel a la realidad que no el consumo individual⁵⁰. La dialéctica cultural plural del Antiguo Régimen (oral, icónico-visual y escrita) con toda su asimetría no queda reflejada en los inventarios individuales. La insensibilidad a las modas culturales de los inventarios se complementa con la también patente escasa visibilidad de la acción de los agentes exteriores como la Inquisición sobre los libros presentes en los inventarios. La privacidad del consumo no fue interferida por la Inquisición que en cambio tuvo enorme incidencia obviamente en el ámbito de la producción y la circulación pública. Evidentemente que el consumo privado a la postre era afectado por los límites de la circulación pública. Pero los historiadores de este problema, de Kamen a Defourneaux, se han hartado de subrayar las grietas de los corsés represivos de la Inquisición.

Pero el interés por los *media* no se agota en la lectura. Hoy están en boga los estudios sobre educación. No entendida ésta sólo en el marco institucional específico, sino en su sentido más amplio: desde el consumo del confesionario al púlpito del predicador pasando por la inmensa variedad de formas de persuasión y disciplina que la propia monarquía aplicó a sus súbditos. El concepto de raíces weberianas, de *disciplinamiento*, promovido por los historiadores alemanes (Oestreich, Reinhard, Schilling) y difundido en nuestras latitudes culturales por los italianos (Prodi, Prosperi) está teniendo enorme difusión. El término *disciplinamiento* usado significativamente en alguna tesis doctoral reciente (como la de Mantecón)⁵¹, vinculado al de *confesionalización*

50. Significativamente, J. Burgos y M. Peña comenzaron su investigación trabajando sobre la biblioteca del famoso librero Pi ferrer *¿Comercio y cultura del libro en la Barcelona del siglo XVIII. La casa Piferrer*, tesis de licenciatura, UAB, 1986). El interés de los inventarios institucionales puede verse en la relación de manuscritos catalogados por J. Martín Abad en "Catálogos, índices, inventarios de bibliotecas particulares del siglo XVIII conservados en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid", *Cuadernos bibliográficos*, XLIV (1982).

51. MANTECÓN MOVELLÁN, T. A., *Conflictividad y disciplinamiento social en la Cantabria rural del Antiguo Régimen*, Santander, 1997.

promueve investigaciones destinadas a analizar la operación de reciclaje pastoral, de rearme educativo en todos los órdenes con que hoy se identifica en términos religiosos la Contrarreforma y en términos laicos (Foucault *dixit*) con “el gran encerramiento” de la marginalidad (locos, viejos, mujeres homosexuales...). La precisa reconstrucción de los nexos de articulación de los grandes poderes eclesiásticos y políticos (la conjugación de la disciplina eclesiástica del pecado con la estatal del castigo), la contrastación de las normas generadas y las interiorizaciones de las mismas a escala local y personal, el reexamen del papel de la Inquisición en este contexto cultural, la tipología de mensajes proyectados en los distintos órdenes de la vida con sus variantes mediáticas... constituyen retos apasionantes para los futuros historiadores de la cultura. En un libro reciente, hemos puesto de relieve algunas reticencias hacia la instrumentalización ideológica conservadora que se ha hecho de conceptos como disciplinamiento y confesionalización⁵².

La conclusión final del desarrollo de la historiografía española en los últimos veinticinco años nos refleja un balance de una historiografía plenamente normalizada respecto a la historiografía europea desde que en los años sesenta se rompiera el aislamiento español con Europa. Una historiografía que, sin embargo, presenta unas sombras inquietantes: las que suponen que la historiografía más joven encuentra hoy serios problemas de profesionalización en la Universidad española. Y eso parece que puede prolongarse hasta que la historiografía que hoy domina en el mundo académico se jubile. Creo que la historiografía española está necesitando una oxigenación renovadora que dudo que los historiadores de mi generación estemos en condiciones de ofrecer por razones biológicas —son muchos años de actividad académica prolongada—, políticas —demasiadas transiciones a cuestas— y académicas —escasas motivaciones—. Me temo que hay una generación de jóvenes licenciados o doctores de gran capacidad intelectual que no tienen puesto en la Universidad a lo largo de los próximos veinte años. Y, lamentablemente, es difícil promover iniciativas de investigación de calado importante sin la cobertura institucional de la Universidad. Sin la Universidad, no se puede investigar en España en humanidades. Lo tenía claro Vicens en los años cuarenta y más de medio siglo después nada ha cambiado al respecto. Con esta reflexión cierro este balance de los que ha sido, es y puede ser la historiografía modernista en nuestro país.

52. GARCÍA CÁRCCEL, R. y MORENO MARTÍNEZ, D., *Inquisición. Historia crítica*, Madrid, 2000.

Españas? Creo que sí. El ejemplo, sin duda, más expresivo, es el de la historiografía sobre Inquisición. La *nueva historia de la Inquisición* que encabezaron J. Pérez Villanueva y J.A. Escudero representa bien la voluntad de superar la polarización tradicional de los juicios de valor sobre la Inquisición —llorentismo y antilllorentismo— y abrir nuevos caminos de entendimiento y colaboración entre historiadores de muy distinta procedencia ideológica. El punto de partida de esta historiografía fue el curso de verano de 1976 de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo de Santander, dirigido por J.A. Escudero. Esta corriente historiográfica tuvo sus mejores años de euforia de 1976 a 1986, una auténtica “década prodigiosa” con las instituciones creadas para dar cobertura de apoyo a esta historiografía (el Centro de Estudios Inquisitoriales de J. Pérez Villanueva y el Instituto de Historia de la Inquisición de J. A. Escudero); una explosión de congresos y exposiciones —desde los de 1978 (Cuenca y Copenhague) a la extraordinaria exposición en Madrid en 1982—; la traducción y edición española de la clásica obra de H.Ch. Lea y una revista monográfica muy útil (la *Revista de la Inquisición*)⁴, y, desde luego, con un discurso ideológico nuevo.

Este discurso se caracteriza por la intención de conjugar las aportaciones ideológicas de signo contrario con un sentido liberal extraordinario. El mejor testimonio de esta historiografía de la Inquisición ha sido la obra editada por la Biblioteca de Autores Cristianos y el Centro de Estudios Inquisitoriales (primer volumen: 1984). Los principales objetivos perseguidos por esta historiografía en los años que nos ocupan han sido: la *desideologización*, la superación de los juicios de valor ideológico en el análisis de la represión inquisitorial, en función de una voluntad de *reconciliación desdramatizadora* (la cuantificación de las víctimas y la delimitación de la teoría y práctica de la represión son las líneas de investigación más expresivas); la *superación de la abstracción*, huyendo de las generalizaciones, ahondando en lo concreto (la regionalización y la prosopografía con el salto cualitativo de la Inquisición a los Inquisidores, serían las mejores derivaciones) y la *explicación racional del Santo Oficio*, desentrañando los porqués y para-qués de la Inquisición, a partir del supuesto de que comprender no implica forzosamente justificar (la sociología y función de los familiares y la confrontación entre poderes centrales y poderes locales son los mejores logros de esta vía de investigación)⁴.

4. GARCÍA CÁRCCEL, R., “Veinte años de historiografía de la Inquisición. Algunas reflexiones”, en *La Inquisición y la sociedad española*, Valencia, 1996.